

CAPÍTULO XXXVI

De la Comunión indigna.

1. Tres especies de Comunión.—2. Comunión ferviente.—3. Comunión tibia.

ESPANTABLE y terrorífico es el asunto que ahora vamos á tratar, y de buen grado le omitiéramos si no nos apremiaran la necesidad y el orden de estas enseñanzas. Hay entre los cristianos tres especies de Comunión eucarística: *ferviente*, *tibia* y *sacrilega*. La *ferviente* produce los efectos del Sacramento en toda su plenitud, haciendo del alma un cielo; la *tibia* causa solamente algunos, y no es seguro que libre á dicha alma del purgatorio; la *sacrilega* es ultraje horrible á la Majestad divina y conduce al infierno.

2. Para la ferviente se requiere estado de gracia, exención de afecto á los pecados veniales; desprendimiento de las criaturas, amándolas por Dios, y en cuanto nos unan con El; paz con el prójimo, sin que haya en el corazón ira, rencor ni mala voluntad, antes bien amor, aun á los enemigos; deseo ardiente de unirse por el Sacramento á Dios y de permanecer siempre en esta dichosa unión; en la inteligencia de que, según que estas disposiciones sean más ó menos *completas* y *actuales*, será la Comunión más ó menos *ferviente* y más ó menos *santificante*. El grado de amor de Dios es la medida del fervor y de la santidad en la Comunión.

3. La *Comunión tibia*, que suele ser muy frecuente, en cuanto Comunión es *buen*a, en cuanto tibia *mal*a, é importa conocer y desech

ar las causas de la tibieza, que suelen ser las siguientes: Apego excesivo á las criaturas, ya sean personas ó cosas, y amor á los placeres de los sentidos, origen de muchos pecados veniales.

Inquietud muy viva por las cosas del mundo y por los pequeños quehaceres de todos los días.

Hábito de recitar precipitadamente las oraciones vocales, como deseando desembarazarse pronto de ellas.

Curiosidad continua de saber cosas inútiles, y también las útiles, cuando perjudican á la vida del espíritu ó quitan el jugo de la devoción.

Disipación habitual, no tratando de recoger el pensamiento, en especial después de la Comunión.

Comulgar por rutina, ó por el bien parecer, sin más que por cumplir con las obligaciones del estado ó de la condición social.

¡Válganos Dios! ¡Cuántos daños hay en esto, y cuántas almas se deslizan por aquí como principio de su eterna ruina! La tibieza en las Comuniones priva al alma de la dulce refección espiritual y de las energías sublimes propias del Sacramento eucarístico; acostumbra al corazón á ser insensible para las cosas de Dios, y expone al alma á grave peligro de profanar la sagrada Eucaristía.

Pero no es esto lo peor ni lo terrorífico de que antes hablamos, sino la *Comunión sacrilega*, cuyo crimen no tiene nombre, porque es el grado supremo de la degradación humana, y el último término de ingratitud hacia la Majestad de Dios. Consideremos, aunque sea brevemente, dos cosas:

- 1.^a Cuán grande crimen sea la Comunión sacrilega.
- 2.^a Cuán terriblemente le castiga el Señor.

§ I

DECLÁRASE EL HORRIBLE CRIMEN DE UNA MALA COMUNIÓN

4. La sagrada Mesa es sólo para los amigos de Dios.—5. La Comunión indigna es una profanación.—6. Es una ingratitud y una audacia.—7. El sacrilego es peor que el demonio.—8. Renueva el crimen de Herodes.—9. Y el de Judas.—10. Y el de los judíos, que dieron muerte á Jesús.—11. El sacrilegio es el conjunto de todos los crímenes.

4. Refiérese en el sagrado libro de los Cánticos que el Esposo, después de haber comido su panal y su miel, dijo á los convidados: *Comed, amigos* (v. 3). De semejante manera Cristo nuestro Señor, al ofrecernos en la Mesa eucarística el Pan celestial, más que la miel dulce y más que el panal hermoso, nos dice: *Tomad y comed, amigos*. ¿Quiénes son estos amigos del Salvador divino? Únicamente los que se hallan en estado de gracia, los que andan

en caridad, porque la caridad es la amistad, y no una amistad cualquiera, sino la amistad del hombre con Dios. Son, por tanto, enemigos del Cordero celestial todos aquellos que no llevan en su alma la aureola gloriosa de la gracia santificante, y no deben acercarse al convite sagrado con ánimo hostil, porque sería horrible desacato y tremendo sacrilegio; y esto es lo que significó San Pablo, cuando dijo: *Cualquiera que comiere este Pan ó bebiere este cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre de Cristo* (I Cor., XI, 27).

5. ¿En qué consiste dicho desacato y cuál es la naturaleza de tan abominable sacrilegio? En primer lugar, es una *profanación*, y una *ingratitude*, y una *audacia* contra Cristo nuestro Señor; pero de tal perversidad, que el corazón se estremece horrorizado y la lengua no acierta á declararlo.

Es realmente una *profanación* de lo más excelso, sagrado y venerando que hay sobre la tierra y en los mismos cielos. No se trata de la profanación de un templo, de un altar, de un cáliz, de un sacerdote ó de una persona religiosa consagrada al Señor, sino del Rey supremo de cielos y tierra, de Dios mismo, ó sea de la persona divina de *Nuestro Señor Jesucristo* en estado de Víctima, donde se ostenta humilde, manso, débil, callado y amoroso, sin que visiblemente trate de defenderse, ni aun siquiera de exclamar: «¿Por qué me ultrajas? ¿Por qué me injurias? Si he obrado mal, dime en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?»

Si un ladrón robase un cáliz del altar y después supiéramos que se había servido de él para usos inmundos, ¿no se estremecería nuestro corazón de horror y el pecho se levantaría indignado contra el impío? Pero ¿qué es esto en comparación de una Comunión sacrilega, con la cual se profana el Cuerpo sacrosanto y la Sangre preciosísima de Jesús, derramada en el Gólgota por nuestro amor?

No se trata, pues, de un simple desprecio á Jesucristo, ni de una injuria sencilla, ni de una blasfemia contra su nombre venerando, sino de un acto mucho más criminal, más vil, más enorme; trátase de arrojar su divina y augusta persona en el lugar más inmundo de la tierra, que es el corazón del pecador. Si viéramos que un cristiano arrojaba la Hostia sacrosanta al lodo fétido de la calle pública, ó que la daba en alimento á los cerdos, diríamos, sin duda, que el tal cristiano era un monstruo del infierno; y, sin embargo, por este hecho abominable sería mucho menos criminal que lo es el que indignamente comulga; porque para Dios el corazón manchado con

pecado mortal es más inmundo y asqueroso que el lodo y la basura de las calles.

6. Sería, además de profanación, *ingratitude* por todo extremo detestable, puesto que la Comunión indigna es un crimen contra Jesucristo, precisamente cuando El se halla sobre el altar dulce y amoroso para nosotros rogando á su Eterno Padre por librarnos de su justa indignación y de la espada terrible de su justicia.

Sería un crimen *el más audaz* de todos los imaginables, porque quien comulga indignamente ataca á la Majestad divina en sí misma y turba, en cuanto es de su parte, la paz suprema que existe en el reino de los cielos.

Ataca á *Dios Padre*, obligándole á que vea á su Hijo muy amado, al esplendor de su gloria y al objeto de todas sus complacencias, sumergido en el lodo inmundo de una conciencia impura.

Ataca á *Dios Hijo*, haciéndole presenciar la ignominia de ver su humanidad sacrosanta más impía y villanamente tratada que en los escarnios y afrentas de su dolorosa Pasión.

Ataca á *Dios Espíritu Santo*, quien contempla el Cuerpo adorable de Jesús, que El formó con tanto amor de la sangre purísima de la Virgen, execrado por una vil y despreciable criatura.

Ataca á *la Santísima Virgen María*, que ve á su Hijo menospreciado, y ultrajado, sin poderlo evitar, y sin que estas nuevas humillaciones sean provechosas á las almas cristianas.

Ataca á *los ángeles y á los Santos*, que miran al Rey de la gloria, á quien ellos adoran temblorosos, audazmente ofendido por un miserable hombrecillo.

Ataca á *la Iglesia universal*, que llora de pena al ver su más rico tesoro horriblemente profanado.

Ataca á *la creación entera*, que se ve forzada á sufrir las injurias hechas á su Creador, y que, á serle posible, destruiría al punto al pecador sacrilego.

7. Todo esto y muchísimo más hace el impío que comulga indignamente; de modo que el demonio, con tener odio eterno á Jesucristo, no podría inferirle injuria mayor.

El espíritu maligno ultraja las perfecciones de Dios; el sacrilego ultraja los dones del mismo Dios, y vilipendia el cuerpo sacrosanto que El se dignó tomar.

El espíritu maligno injuria á Dios, que actualmente le castiga; el sacrilego injuria al mismo Dios, que actualmente le ama, y en el Sacramento adorable con que le testifica su amor.

El espíritu maligno blasfema y reniega de Dios, porque su tris-

te estado es de aborrecimiento y se ve impulsado con vehemencia á hacerlo; el sacrilego hace lo mismo, pero voluntariamente, conociendo y reflexionando lo que hace; porque se encamina al templo y al comulgatorio para consumir su crimen.

El espíritu maligno no tiene por sí mismo el poder de atentar directamente sobre el Cuerpo de Jesucristo; el sacrilego posee el triste poderío de abusar de tan excelso don.

Es peor el sacrilego que el mismo Satanás, y cuando indignamente comulga, renueva, en la persona sacratísima de Jesucristo, el crimen de *Herodes*, el crimen de *Judas* y el crimen de los judíos deicidas, es decir, la *hipocresía* del primero, la *perfidia* del segundo y la *crueldad* de los terceros.

8. Herodes, hipócrita, quiso aniquilar la vida de Jesús, que acababa de nacer, porque Jesús era un obstáculo á su ambición y á su amar á los placeres; y trató de realizarlo ocultando sus deseos bajo la máscara de la hipocresía. *Yo iré—dice—y le adoraré*; de semejante manera el sacrilego quisiera destruir al Salvador de los hombres, Cristo Jesús, porque El es un óbice á sus pasiones desordenadas, y cual otro Herodes hipócrita, oculta su deseo bajo el velo de la piedad; prostérnase ante el altar como para adorarle, y lo que hace es sumergir á Jesús en la inmundicia de su alma, como para quitarle allí la vida, si Jesús pudiera morir.

9. Y hace también lo que el pérfido Judas; porque si aquel discípulo traidor vendió á su divino Maestro y le entregó para ser crucificado, de parecida manera el sacrilego le pone en precio y le sacrifica posponiéndole á su pasión.

Si Judas entregó á Jesús con un beso, dándole señales exteriores de afecto, lo propio hace el sacrilego cuando, aproximándose á la sagrada Mesa, recibe al mismo Jesús como si tiernamente le amara. Judas le puso en manos de los soldados, y el que comulga indignamente le pone á merced de los afectos corrompidos de su corazón impuro.

Jesús fué *aprimado, burlado, flagelado y crucificado* por aquellos á quienes Judas le entregó; por la Comunión sacrilega el mismo Jesús es encarcelado en un alma donde reina la culpa, y donde él no puede ver más que á enemigos; es decir, malos afectos y criminales deseos que le rodean y estrechan, como queriendo crucificarle. Si Jesús pudiera ser afligido, lo sería en extremo cuando entra sacramentado en el corazón del pecador; y si pudiera morir de nuevo, al punto dejaría de existir, angustiado por tanta maldad. ¡Jesús vino al mundo y murió para destruir el pe-

cado, que es lo que más aborrece; y la Comunión indigna le obliga á entrar dentro de un alma pecadora, y á permitir que el pecado esté con El hasta que sean destruidas las especies sacramentales! ¡Ah, Señor! ¡Cuánto sufrís por el hombre, cuánto le amáis, y cuán poco sabemos engrandecerlo y estimarlo! ¿Es posible que el mundo haya de caminar siempre de esta manera?

10. Reparen bien los cristianos. Cuando una persona tiene la horrible desdicha de comulgar indignamente, renueva con eso el crimen de los judíos, siendo aún más cruel y criminal que ellos.

Los judíos crucificaron ignominiosamente á Jesucristo; el sacrilego, según expresión de San Pablo, *crucifica de nuevo en sí mismo al Hijo de Dios* (Hebr., VI, 6); no *en el hecho*, porque Jesús sacramentado se halla ya en estado de gloria y de impasibilidad, sino *en el deseo* á lo menos indirectamente. El que comulga mal no pensará tal vez en ese crimen, pero en realidad le consume en su corazón, de un modo implícito y horroroso.

Los judíos quitaron la vida á Jesucristo: el sacrilego le quita el poder de hacer el bien en su alma ingrata, le quita su efecto sacramental, ó, lo que es lo mismo, su vida eucarística, impidiendo que cause los efectos beneficiosos que podía producir. A una persona que se goza en hacer el bien, privarla de ello es como aniquilar su existencia.

Los judíos fueron, en cierto sentido, menos culpables que lo es el sacrilego; porque ellos no conocieron á Jesús como Dios, ni el divino Redentor había muerto de amor por ellos, ni habían recibido las gracias abundantes de los Sacramentos; en tanto que quien comulga indignamente lo hace sabiendo que Jesús, Dios y hombre verdadero, se halla en realidad presente en la sagrada Eucaristía, y que permanece en ella como anonadado para engrandecerle, y que murió para darle vida y para enriquecerle con sus gracias, con sus Sacramentos y con su Iglesia.

11. «Afirmo sin vacilar—dijo el P. Bourdaloue,—y sostengo sin temor de exceder los límites de la más estricta verdad, que si el divino Salvador viviese aún en la tierra en carne sensible y mortal, y debiese sufrir una segunda Pasión y una segunda muerte, ni todas las crueldades de los verdugos, ni todos los tormentos con que en su odio y barbarie se ensañasen contra El, nada le sería más doloroso, nada más horrendo que el crimen de un cristiano que profana el Cuerpo y Sangre divinos con un sacrilegio.» (Ortúzar: *De Eucaristía*.) ¿Qué diríamos de un hijo que entregase á su padre maniatado en poder de enemigos dispuestos á atormentarle?—Pues eso

cabalmente es lo que hace el sacrilego; entrega á Jesucristo, su Padre, su Redentor, su mejor Amigo, en manos de sus pasiones, como si dijéramos, en manos de Satanás, su enemigo irreconciliable.

Si pues el crimen de la Comunión indigna es mayor que el de Herodes, mayor que el de Judas y mayor que el de los judíos, no es maravilla que los doctores ascéticos le señalen como el resumen de todos los pecados que atacan gravemente á las perfecciones divinas. «La blasfemia—dicen—se opone á la grandeza de Dios, la mentira á su verdad, la impenitencia á su misericordia, la incontinencia á su pureza; mas la Comunión sacrilega es *un insulto á su grandeza, un ultraje á su bondad, un menosprecio de su santidad, una mancha á su pureza, un reto á su justicia.*»

«Cain fué homicida, David adúltero, el demonio orgulloso, Nabucodonosor blasfemo...; pero el sacrilego reúne en sí mismo todos estos crímenes, y puede llamárselo *blasfemo, asesino, impuro y soberbio* (1)»

Tal es, en substancia, el crimen de la Comunión sacrilega. Veamos ahora las enormes penas con que el Señor le castiga.

§ II

INDÍCANSE LOS CASTIGOS DE LA INDIGNA COMUNIÓN

12. La Comunión es vida para los buenos y muerte para los malos.—**13.** El Corazón de Jesús ante la Comunión indigna.—**14.** El que come indignamente el Pan eucarístico, come su propia condenación.—**15.** Castigos temporales.—**16.** Ejemplos.—**17.** Castigos espirituales.—**18.** Ejemplo terrible.

12. «Entre las cosas admirables del mundo—dijo Fray Luis de Granada,—se hace mención de una fuente que, mirada con ojos serenos y sin volver la vista á otra parte, aparecen sus aguas cristalinas; mas si al mirarla se distraen los ojos á otro objeto, se ven turbias dichas aguas. De semejante manera—dicen—acontece en la divina Eucaristía:

Come el bueno, come el malo;
Mas ¡de cuán distinta suerte!
Uno recibe la vida,
Otro recibe la muerte (2)»

(1) Autor des *Pailletes d'Or*: «Sommaire de la Doctr. Catholique.—Eucharist.»

(2) Sumunt boni, sumunt mali,
Sorte tamen inequali,
Vitae vel interitus. (S. Thom.)

Con efecto: así es. ¡Cuántas pobrecitas almas encuentran la muerte en la misma fuente de la vida! ¡Cuántas se acercan á la sagrada Mesa que, en vez de salir endiosadas, salen condenadas! ¡De una misma flor sacan la abeja, miel; la araña, veneno!

13. Léese en el santo Evangelio, según San Lucas, que el dulcísimo Redentor de nuestras almas, al instituir en la noche de la Cena el Santísimo Sacramento, dijo á sus discípulos: *En gran manera he deseado comer con vosotros la Pascua* (1). «Mas luego, cuando ya hubieron recibido el sagrado manjar—añade San Juan,—comenzó el Señor á gemir y suspirar de lo íntimo de su corazón delante de todos, *conturbándose en el espíritu* (2).»

¿Y por qué ¡oh buen Jesús! por qué en aquel supremo convite, por Vos tan ardientemente deseado, cuando ya llegáis á realizarle, os conturbáis en vuestro interior, y gemís y suspiráis, cual si el corazón se os cayera á pedazos? «Es—dicen los sagrados intérpretes,—porque se hallaba presente el impiísimo traidor Judas Iscariote, y acababa de comulgar indignamente.» De aquí aquellos gemidos, aquellos suspiros, y el que, turbándose en el espíritu, protestara diciendo: *En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar* (3). Que es como si nos dijera á cada uno de nosotros: «El infeliz Judas cometió el mayor de los crímenes; ha profanado mi Carne y mi Sangre; ya todo se puede esperar de él; me entregará como un traidor.» Y vosotros, ¿qué hacéis cuando comulgáis indignamente?

14. Ciertamente, una Comunión mal hecha es, no sólo un sacrilegio, sino el más horrible de los sacrilegios; porque ataca directamente al cuerpo de Jesucristo y le escarnece tanto cuanto el hombre puede hacerlo; y por consecuencia, el castigo que el Señor tiene reservado para los imitadores de Judas es por necesidad terrible y extraordinario. Basta recordar las palabras de San Pablo. Dice así el grande Apóstol: *El que comiere este Pan* (la Eucaristía), *ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, come y bebe su propio juicio.* Es decir, *su condenación*, como si hubiese vendido al Señor y quitádole la vida, como lo hicieron Judas y los judíos. Y para que nadie vea en esto exageraciones, añadimos la interpretación del Crisóstomo, quien, exponiendo las palabras transcritas, dice: «El sacrilego es mucho peor que el demonio, porque lo hace conociendo su

(1) Desiderio desideravi hoc Pascha, manducare vobiscum. (Luc., XXII, 15.)

(2) Cum haec dixisset, turbatus est spiritu. (Joann., XIII, 21.)

(3) Turbatus est spiritu, et protestatus est, et dixit: Amen, amen dico vobis, quia unus ex vobis tradet me.